

El peregrino aprendió á conocer una gran parte de la tierra habitada, cuando salió de su país limitado. Variados cuadros se ofrecieron á su vista. La extraña formacion de países, la diversidad y rareza de animales y plantas, la serenidad del cielo y los ardores del sol obraron sobre él con poderoso impulso. Tuvo trato con hombres con quienes solo podia entenderse por signos. El armamento y vestido eran para él una novedad. La situacion de los pueblos, el arreglo de las casas y la forma de cualquier mueble le daban en qué pensar. En el territorio griego, como en el Oriente, habia todavía restos de instruccion de la antigua vida que aun llevaban. De la administracion del imperio romano se habian heredado de generacion en generacion las instituciones militares y las bases de los impuestos, aunque muy variadas y empeoradas. Los sabios del Bósforo habian conservado con afanosa aplicacion los tesoros de la literatura clásica; y entre los musulmanes se cultivaba con predileccion y criterio la filosofia y la historia natural de los griegos. En la explotacion de la agricultura, en la mayor parte de los ramos de la industria y en perfeccion artística, fueron muy superiores á los francos los habitantes de los antiguos países civilizados situados entre el Danubio y el Éufrates. Los productos mas preciosos de todas las zonas, que entre ellos se reunieron, hicieron aparecer esta superioridad mas á las claras; y las grandes ciudades orientales ofrecieron al peregrino un material inagotable de instruccion. Además, los griegos no eran cristianos-romanos, y los musulmanes eran enemigos de la cruz, y sin embargo se vió que no eran monstruos ni demonios, como les representaba al principio la imaginacion infantil de mas de un ferviente entre los cruzados. Por el contrario, se admiraron mas de una vez los peregrinos de la bondad y liberalidad, valor y honradez de algunos soberanos mahometanos; aprendieron á estimar al enemigo, y se acostumbraron á tratar con él como de igual á igual. El espíritu de tolerancia penetró en los corazones, y con él el espíritu de la duda respecto de la omnipotencia de los Papas y de la infalibilidad de la enseñanza religiosa.

La jóven Europa aprendió mucho y con éxito en sus viajes orientales, como podríamos llamar á las cruzadas. Nuestros idiomas demuestran con su abundancia admirable de vocablos orientales, cuánto hemos tomado de los mahometanos, pues con las expresiones se llegó al significado de la cosa. De Asia traen su origen nuestro algodón y muselina; nuestro sofá, colchon y alcoba; nuestro bazar, arsenal, aduana, tarifa y muchos otros términos. Apenas si se podrá hallar algo de la vida política, militar, mercantil, industrial, científica, artística y aun religiosa que no haya recibido del Oriente su enriquecimiento; pues hasta el uso general del rosario de la Edad media de Occidente viene de una costumbre oriental.

¿Pero todo esto podrá compensar aquella pérdida inmensa que experimentó la civilizacion occidental desde el siglo xi hasta el xvii? ¿Quién pudiera atreverse á sostenerlo?

El equilibrio entre pérdidas y ganancias, ó mas bien, el exceso de estas últimas sobre las primeras, y por consiguiente, el progreso que las cruzadas dieran á la historia, no es fácil de demostrar suficientemente con solo afirmar que la formacion del feudalismo y la caballería, la constitucion de los municipios independientes, los principios de la organizacion moderna de los Estados y de las sociedades, y la resistencia que se levantó contra la dominacion de la teocracia romana y sus doctrinas en los círculos de los herejes, tienen su origen en la influencia de las peregrinaciones guerreras. Segun resulta de todo lo dicho es esto en parte exacto, pero la causa principal de la trasformacion de la vida europea desde el siglo xi hasta el xiv estriba sin duda alguna en movimientos que solo tienen su origen en la historia interior de Occidente.

Sin embargo, tuvieron las cruzadas una influencia benéfica, infinitamente benéfica. Ellas dieron sobre todo, aparte de aquellos variados estímulos, otro mayor que hizo brotar las fuerzas fértiles de Occidente y desarrollarse con rápido florecimiento; es decir, enriquecieron á la Europa, demasiado pobre hasta entonces. Aunque parezca extraño que fijemos sobre esto la atencion, la merece sin embargo. Lo mas real depende á veces de lo mas ideal, y ambas cosas se dan la mano. La guerra santa empezada por odios contra el islamismo, dió lugar á un comercio mas activo con los musulmanes. Los tesoros de Asia se abrieron á los europeos, los cuales recibieron impulsos mas poderosos para mejorar y aumentar los productos de su propio suelo, y dirigir la actividad de su espíritu y de su industria. La consecuencia de esto fué que los pueblos de Europa empezaron á ensancharse con vigor y á sentir las facultades que poseian para el trabajo. Allí donde dirigió su paso la riqueza de estas relaciones internacionales, se inauguró una nueva época de atrevidas empresas y luchas. Por eso Italia es el hijo primogénito de los pueblos modernos, y al lado de los activos comerciantes de Florencia y Venecia, está Dante con rostro mediatundo despidiéndose de la Edad media, y con profundo presentimiento indicando las tareas de una nueva generacion. Entonces empezó á moverse aquella fuerza que habia de sacar la antigüedad clásica de los escombros y ruinas, y abrazar el universo con brazos vencedores. El espíritu de la civilizacion moderna se despertó incomparablemente superior á todas las facultades que concediera la naturaleza á las tribus orientales, victorioso ya en sus manifestaciones juveniles contra los osmanes, y luego infatigable en la tarea de liberar del yugo de la barbarie á Constantinopla y á Jerusalem, ó mas bien á todo el Oriente, en cuanto era posible su salvacion.

APÉNDICE

Al final de este libro séanos permitido mencionar que se ha formado hace algunos años en Paris una sociedad erudita que se ha propuesto preparar ediciones de las fuentes originales para la historia del Oriente latino, ó sea para la historia de las cruzadas y de los Estados cruzados, y ofrecer en ellas el deseado complemento del gran *Recueil des historiens des croisades*. Esta «Société de l'Orient latin», entre cuyos directores sobresale el conde Riant, mencionado varias veces en otro lugar, publica una *série géographique* y una *série historique* de escritos originales. La primera, de la cual se han publicado dos tomos, comprende, segun lo anunciado: Itinera hierosolimytana et descriptiones Terræ Sanctæ latine conscripta; Itinéraires français; Itinerari italiani; Itinera græca. De la *série historique*, hasta hace poco solo se habia publicado un tomo: La prise d'Alexandrie, par Guillaume de Machaut (Toma de Alejandría por el rey Pedro I de Chipre en el año 1365), dada á luz por de Mas Latrie. Durante la impresion de este libro se ha publicado el tomo primero de los *Quinti belli sacri scriptores minores* (escrito por Rohricht), al cual debia seguir inmediatamente el tomo segundo. La «Société de l'Orient latin» subvenciona además algunas empresas literarias útiles para la historia de las cruzadas, llamadas *Publications patronnées par la Société*, de las cuales se han publicado hasta ahora: Numismatique de l'Orient latin, por G. Schlumberger, y De Passagiis in Terram Sanctam, ed. M. Thomás, aquel manuscrito del cual hemos tomado una serie de imágenes para nuestras ilustraciones. A esta publicacion habia de seguir muy pronto el primer tomo de Les Archives de l'Orient latin, empresa periódica que, á la manera de los «Estudios para la historia alemana,» habrá de reunir mayores ó menores datos para la historia de las cruzadas, y que será á no dudarlo digna en sumo grado de la atencion de los aficionados.

Los primeros pliegos del primer tomo de Les Archives de l'Orient latin, que se hallaba en prensa, nos han sido facilitados por el conde de Riant, y contienen de la pluma de este sabio, el principio de un importante artículo, ó sea de su *Inventaire critique des lettres historiques des croisades*, el cual contiene detalles sorprendentes acerca de la legitimidad ó ilegitimidad de los documentos, y aun cartas de cruzados no impresas hasta el día. No podemos entrar ahora á examinar la importancia de estas comunicaciones, porque, á parte de otras razones, solo hemos visto como decimos mas arriba los primeros pliegos de dicho artículo. Tan solo observaremos algo sobre el número XXXI del Inventario, página 71, porque en él se trata de una cuestion que Riant ya ha tratado una vez en un trabajo publicado hace poco. Dícese que el emperador Alejo dirigió, poco tiempo antes de la primera cruzada, una carta al conde Roberto I de Flandes, pidiendo encarecidamente socorros contra los seldyucidas. Esta carta ha sido declarada por los eruditos unas veces auténtica y otras apócrifa. El conde de Riant ha dicho que es apócrifa, primeramente en su libro (Alexii I. Comneni Romanorum imperatoris ad Robertum I. Flandriae comitem epistola spuria, Genevae MDCCCLXIX), y despues lo ha repetido

en el mencionado *Inventaire*. No hemos mencionado esta carta en nuestra narracion, porque la creemos tambien apócrifa, hallándonos por tanto en completa conformidad con Riant.

Pero este docto escritor ha dado un paso mas desde la refutacion de la carta, y ahora ha puesto en duda que entre los motivos de la primera cruzada pueda contarse el ruego del emperador griego pidiendo socorros á Occidente contra los seldyucidas (véase la pág. 7), pues en su opinion, Alejo no tuvo tanta necesidad de socorros; estuvo, sí, en relaciones amistosas con los europeos de Occidente, principalmente con el papa Urbano II, pero en ellas no se trató mas que de asuntos eclesiásticos; y en el sínodo de Piacenza, donde se presentó al Papa una embajada griega, probablemente solo se habló de esta clase de asuntos. La idea de la cruzada, por tanto, no le fué sugerida al Papa, segun Riant, por los ruegos griegos pidiendo socorro, sino por las quejas sobre la miseria de los cristianos en Jerusalem y por el miedo que inspiraban los almoravides, vencedores de España.

Pero no podemos convencernos de que Riant haya suministrado pruebas suficientes en apoyo de su opinion, por mas verosímil que parezca á primera vista. Acerca de la historia bizantina, poco antes de la cruzada, sabemos muy poco para poder dudar del ruego de socorros dirigido al Papa, tan solo por el hecho de que el peligro de los seldyucidas no era tan apremiante. La decision depende únicamente de la apreciacion de los datos que debemos á algunos cronistas occidentales de aquellos tiempos (texto principal, un pasaje de Bernaldo de Saint Blasien, Pertz, Mon. Germ. SS. V, 461). Segun estos datos, no pidió Alejo al Papa una verdadera cruzada, sino que le facilitase grandes socorros; y, como hemos dicho, no podemos convencernos de que estas noticias contemporáneas y nada sospechosas, segun todas las apariencias, procedieran de la misma fuente que la epístola spuria ad Robertum comitem.

Pero aunque así fuera, Riant concede á lo menos que en la relacion eclesiástica entre Alejo y Urbano se *sont peut-être glissés quelques mots relatifs aux ravages des Turcs en Asie Mineure*, y tales palabras habrian podido labrar mucho en la mente del Papa y determinar el impulso decisivo para la predicacion de la cruz. Riant piensa que en este caso el papa Urbano hubiera estimulado á los cristianos á la lucha en el Asia Menor y no en la Siria. Pero en la mente del Papa se agitaban en revuelta confusion el cuidado por Constantinopla y por Jerusalem, las miras políticas y los sentimientos ascéticos. La elevacion de la naciente cruzada del terreno político real á regiones místicas siguió muy de cerca, y el ser la restauracion de Jerusalem el objeto de la cruzada en lugar del socorro de Constantinopla, es tanto menos extraño, cuanto que la restauracion de Jerusalem solo podia alcanzarse pasando por encima de Constantinopla y por encima de los seldyucidas, á quienes habia que vencer. Mucho mas raro hubiera sido el cambio del teatro de la guerra haciéndola en el Asia Menor en vez de llevarla á Siria, si, como pretende Riant, el avance de los almoravides en España hubiera indu-

cido al Papa á predicar la cruzada. España le interesaba tanto como todos los antiguos países cristianos que ya entonces habían sido conquistados por los mahometanos ó estaban á lo menos amenazados. Mas para hacer comprensible que el papa Urbano pudiera inaugurar una expedición militar á Asia en socorro de los españoles, Riant debe suponer que entonces no había claridad sobre la significación de la palabra Hispania (los cronistas de aquellos días señalan con el nombre Hispania, no solo á España, sino también á Ispahan, aunque corrompido, parte de Asia), y que por su completa ignorancia de los asuntos políticos dentro del mundo mahometano creyó ser de utilidad para los españoles la expedición á Asia. Pero no hemos de creer que Urbano y los franceses del Sur, entre quienes se levantó la primera cruzada, fueran tan ignorantes.

Por de pronto no podemos considerar como probado el aserto de Riant, de que los griegos no esperaran socorros de la Europa occidental y que fueran sorprendidos por la cruzada. Sin embargo, debemos reservarnos el juicio definitivo sobre este asunto hasta que el *Inventaire* de Riant esté concluido, á lo menos respecto á la época de la primera cruzada, porque resultarán tal vez nuevos datos procedentes de nuevos documentos.

Pero aunque á pesar de lo dicho tuviera razón Riant, su opinión, en lo que se refiere á la más importante consecuencia que puede sacarse de ella, no invalidaría en lo más pequeño lo que hemos dicho acerca de la política seguida por los Comnenos; antes bien, nuestro juicio, en tal caso, adquiriría más valor. En efecto, resultaría entonces probado con mucha más evidencia que hasta ahora, que el emperador Alejo habría procurado hacer un arreglo entre griegos y cruzados muy útil para ambas partes, y llegar á este arreglo de tal manera, que no rebajara á los cruzados á instrumentos de su deseo de dominación, sino que les hizo concesiones equitativas y negoció con ellos como de potencia á potencia. La política de los Comnenos tiene la grave culpa, según la opinión de Riant, de haber sido la causa principal de que las cruzadas no diesen resultado, y para conclusión nada mejor que apuntar las palabras que Riant emplea respecto del emperador Alejo: «qui rêvait de jà l'empire universel; qui garda toujours, dans les circonstances les plus difficiles, un sentiment exagéré de sa dignité personnelle; qui, plus tard, mit la ténacité que l'on sait á faire les chefs de la première Croisade ses homes liges et ses débiteurs; enfin, qui ne voulait des Latins qu'à titre d'auxiliaires salariés, jamais d'alliés et encore moins de libérateurs.»

FIN DE LAS CRUZADAS

ÍNDICES DEL TOMO QUINTO

HISTORIA DE LOS ANGLO-SAJONES

| | Páginas | | Páginas |
|---|---------|--|---------|
| CAPITULO PRIMERO.—La Britania hasta fines de la dominación romana. | 1 | CAP. VI.—La Iglesia y la civilización durante el siglo octavo. | 25 |
| CAP. II.—Restos del romanismo y comienzos del cristianismo en las islas Británicas. | 9 | CAP. VII.—La constitución de los anglo-sajones. | 35 |
| CAP. III.—Establecimiento de los alemanes en Britania. | 11 | CAP. VIII.—Los cambios políticos del siglo octavo. | 42 |
| CAP. IV.—Comienzos del cristianismo entre los anglos y sajones de la Britania. | 14 | CAP. IX.—Egberto de Wessex y su familia. | 48 |
| CAP. V.—Triunfo de la iglesia romana en Britania. | 21 | CAP. X.—El rey Alfredo como defensor de Inglaterra. | 54 |
| | | CAP. XI.—Constitución y cultura de Inglaterra durante el reinado de Alfredo. | 59 |

EL ISLAMISMO EN ORIENTE Y EN OCCIDENTE

| | | | |
|---|-----|--|-----|
| PREFACIO. | 1 | | |
| PARTE PRIMERA | | LIBRO CUARTO | |
| LOS ÁRABES | | LOS CALIFAS DE BAGDAD | |
| LIBRO PRIMERO | | CAPITULO PRIMERO.—La dinastía de la casa de Dios. | 185 |
| LOS ÁRABES Y EL ISLAM | | CAP. II.—El-Mansur y los Barmecidas. | 188 |
| CAPITULO PRIMERO.—Antes de Mahoma. | 3 | CAP. III.—Árabes y persas. | 196 |
| CAP. II.—El profeta Mahoma. | 19 | LIBRO QUINTO | |
| CAP. III.—La Egira.—Mahoma en Medina. | 33 | ABASIDAS Y FATIMITAS | |
| CAP. IV.—Últimos años del profeta y triunfo de su religión: doctrina del Islam. | 56 | CAPITULO PRIMERO.—Califas y pretorianos. | 210 |
| LIBRO SEGUNDO | | CAP. II.—Emires y emir Al-Omará. | 221 |
| LOS CALIFAS LEGÍTIMOS | | CAP. III.—Alidas, ismaelitas y karmatas. | 234 |
| CAPITULO PRIMERO.—El califato. | 84 | CAP. IV.—Los fatimitas y el fin de los abasidas. | 244 |
| CAP. II.—Las grandes conquistas. | 88 | PARTE SEGUNDA | |
| CAP. III.—La organización del Estado y la guerra civil. | 109 | LOS PERSAS, LOS TURCOS Y LOS MOGOLES | |
| LIBRO TERCERO | | LIBRO PRIMERO | |
| LOS OMMIADAS | | VIDA NUEVA EN EL ORIENTE | |
| CAPITULO PRIMERO.—Moawiya. | 136 | CAPITULO PRIMERO.—La nación persa. | 259 |
| CAP. II.—La segunda guerra civil. | 145 | CAP. II.—Formación de las primeras monarquías en Persia. | 263 |
| CAP. III.—Apogeo de la dinastía y segundo período de conquista. | 159 | CAP. III.—Los samanidas y los buweihidas. | 268 |
| CAP. IV.—Tercera guerra civil y caída de la dinastía. | 176 | CAP. IV.—El sultán Mahmud de Gazna. | 273 |
| | | LIBRO SEGUNDO | |
| | | LAS EMIGRACIONES Y MUDANZAS DE LA RAZA TURCA | |
| | | CAPITULO PRIMERO.—Los seldyucidas. | 282 |